

VERSO Y PROSA

BOLETIN DE LA JOVEN LITERATURA

AÑO I

MURCIA - 1927 - OCTUBRE

NÚM. 10

Lavandera

A Sebastián Sánchez-Juan

Mi niña lavandera
lava pañales
—banderitas de Mayo—
—flores del aire—.

La azotea, maternal
como campana en domingo
Maduros de sol, se curvan,
entreabiertos los corpiños.

La luna viene en camisa
cada noche al lavadero:
con el jabón de la luna
la ropa se vuelve hielo.

En la azotea celeste
la Vía Láctea ha tendido
al sol frío de trasmundo
los pañales de sus hijos.

En sábanas de silencio
la brisa se duerme y sueña
en los encajes de espuma
de mi niña lavandera.

Interior

A Salvador Dalí

Blando espectro enlutado,
el hueco de una puerta
—pozo de ambigua noche—
evidencia la sima
reducto de mil muertes.

Aire negro y esmaltes
en abrazo de niebla,
perturban las caricias
tibias del techo blanco.

Aire y madera en fría
promiscuidad de espacios.
—Sueños a la deriva
en sinfines de sombra—.

Instante

A Melchor Fernández Almagro

Rumor, presencia, aroma
trajeron el instante
dulce de rojez trémula
y ardoroso de huellas.

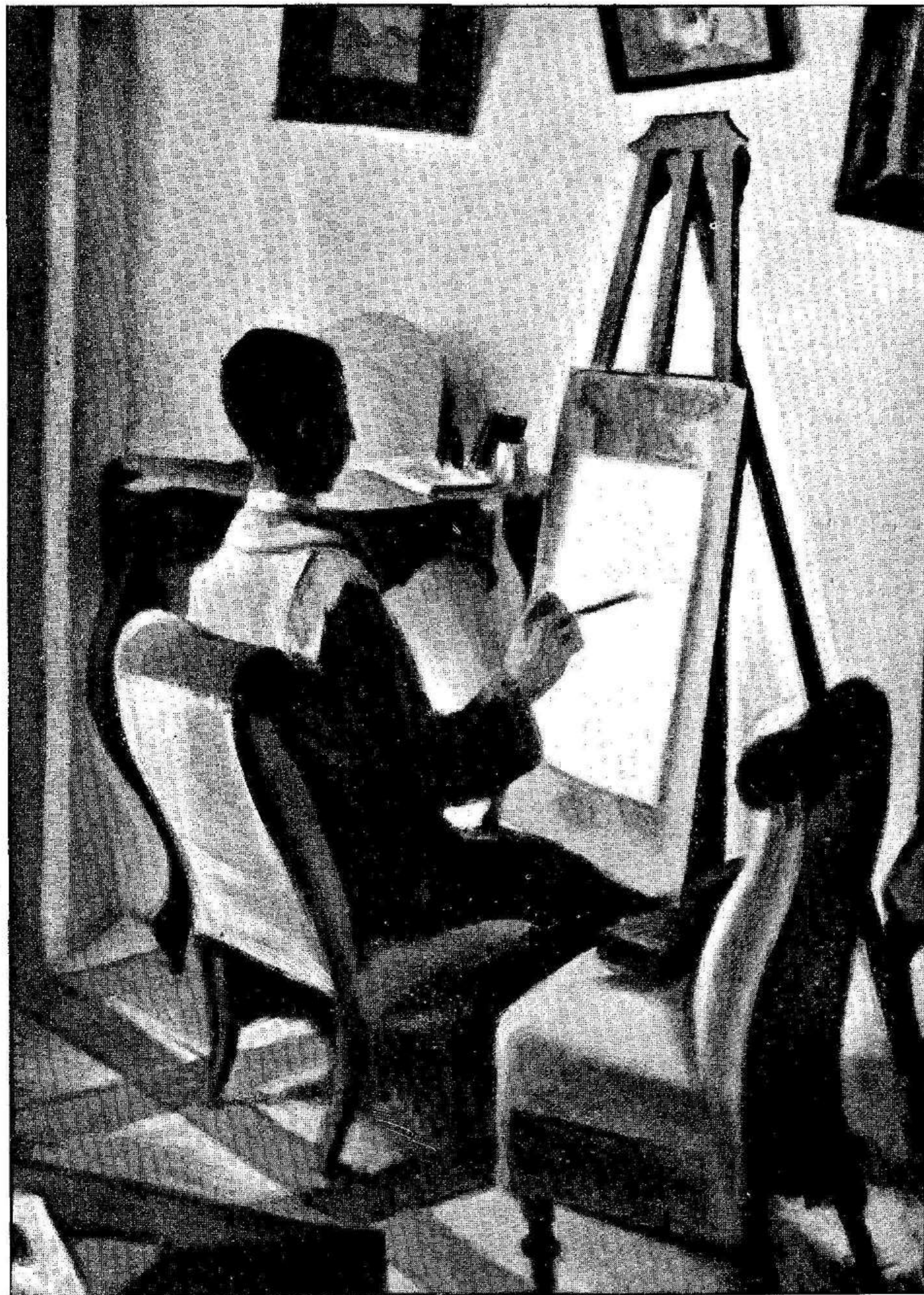
Rumor, presencia, aroma:
atisbo duro y frío
de inminentes ausencias.

El instante, desnudo,
—las manos en los ojos—
de espaldas, separábase
del próximo futuro.

Mar

Rezumante de sales
y transido de brisas,
tengo bronquios y ojos
de cristal oceánico
y piel resbaladiza
como quilla de barco.
Grávido, me sumerjo
en los bosques de algas;
Mi piel se descompone
en azebradas franjas;
Desnudas en su gruta
verdosa, fría y blanda,
las finas caracolas
del silencio se esmaltan.
Un vuelo de gaviotas
trae la noche en sus alas,
azuleando las rocas,
y la luna acarmina
los labios de las conchas
Junto a mi voz anclada
palpitan las medusas
y los corales sangran
llagados de penumbra.

LUIS GÓNGORA



PEDRO FLORES Homenaje a Gaya.

LE SONNET MALGRÉ LUI

A Mme. Wanda Landowska dans
l'attente du sonnet annoncé.

Alimentando en mi volumen lento
una continua gradación inmotivada
desde mi corteza en vuelo posible
hasta el amor de las márgenes tiernamente educadas.

Por tí gracias a tí
sonata en lágrima dura y calidad de nieve
mira cómo en mi escalera insepulta
mi escalera de risa accidentada
la lluvia del vecino lunes llueve.

Querido tío
Cuánto tiempo hay que esperar la rampa comprometida
a rosa de uñas florecidas
y cuánto cuaderno
de hojas de invierno
La marea pregunta y sube
hasta el nivel de un nó con la cabeza
mientras la tarde de un pecho solo
se sostiene a pesar de su peso

Eludamos nosotros todo supuesto desenlace

Aún falta ceja y media a vuelo de pajarito
para llegar al muelle entre las sienes
del último intervalo

Y el contador de pasos seguro de sí mismo

pasa de derecha a izquierda
como la brisa—albricias—
sobre la hierba—adiós—del clavicémbalo

GERARDO DIEGO

Telón de distancia

I

Un telón de distancia,
y nada más. (¡Quién sabe!).
El vacío del aire
va absorbiendo mi lágrima.

El secreto se expande
como un humo. Y el alma,
vacía de añoranza,
respira bien sus tardes.

El discreto apetito.
La mesurada música.
La recortada rosa.

... Pero no, no. Es preciso
tornar al alba pura.
¡Aquellas viejas horas!

II

(Et ta voix rappelant
viole et clavecin)

¡Aquellas viejas horas!
El tren las recompone.
Pero confunde nombres
y los matices borra.

Espejo roto. Noche
—isla en el alba—rota.
Fingiremos la aurora
con imposibles soles.

El verde mar intacto.
La breve rubia hoguera.
La roja fresa viva.

Mis manos y sus manos.
¡Y su voz—agua fresca—
anegando mi vida!

III

Anegando mi vida...
¡Descartada la astucia!
De sus esencias últimas
impregné mis sonrisas.

Día a día, se suma.
—Inabordable lista—. . .
... ¡Pero en el alba fría
rasga su vestidura!

Soñemos estas piedras.
Bebamos estas auras.
Prendamos estas nubes.

Piedra, aura, nube. Férreas
cadenas, que no alcanzan
a mis nostalgias que huyen...

IV

A mis nostalgias que huyen
desesperadamente
—rubia flor, jardín verde,
frescas estrellas, nubes

doradas... Y los puentes
de fragancias que funden
fragancias, y un volumen
de amarillos desdenes.

La rosa queda mustia
—¡y qué triste!—en el libro.
La página, esquínada.

... Mas burlamos la luna,
y huuyamos sobre el filo
de este ahora hacia el alba.

V

De este ahora, hacia el alba
feliz—¿feliz?—que asoma
—húmeda y niña—ahora,
entre sonrisas cándidas.

Las más rizadas auras
despiértense, las rosas
vivas, vuelen, las bocas
del sueño besen ávidas.

Que el alba se despeina
en ágiles torrentes
de sombras perfumadas,

y a mi secreto lleva.
Solo—vacío—existe
un telón de distancia.

FERNANDO ALLUÉ

Noche: Riña

(A José Manuel García-Briz)

La luna. Cómo se yergue la sombra. Cómo se baten. Déjame que entre las ramas presencie todo el combate.

Podrá la luz, vigorosa de plata, herir triunfante a la noche, cuyo escudo salta, de acero inconstante;

mas no podrá rematarla sino a traición, sin combate, cuando en sigilo la luna sobre su espalda se alce.

¡Cuchillos blancos! ¡Qué armas de listo filo brillante entierran sus lenguas vivas en la torpe sombra mate!

La herida se ensancha. Abierta, la noche pierde su sangre ¡Qué borbotones de brillos sobre la tierra se expanden!

Flagrante crimen. La luna alza sus armas, las blande cruel con lujo y azota la sorda quietud del aire

La noche es suya. ¡Qué cuerpo tendrá ya la noche exangüe! Ahí queda sin que el ténue y fiel claror la delate.

Los cielos ruedan serenos. Rueda la luna brillante. ¡Que el alba venga deprisa y por sorpresa la mate!

VICENTE ALEIXANDRE

Romance sevillano

A Antonio Núñez

I

Monterrey de San Bernardo cuatro mocitos jugaban, la tarde medio tendida con sales se abanicaba. Dos cuernos del matadero amarrados a una tabla, seis navajazos a un corcho con pintura colorada. Cuando Angelito el Grumete bamboleaba su capa el sol terminó sus cuentos en una huerta lejana; y cuando la fresca tarde su luz verde maduraba en el arillo de alambre dejó prendida la espada, y rodó por su pechera una prieta carcajada como el trezado relincho de una negrísima jaca mientras temblaba en el aire un casco de luna clara.

II

A entrañas de estanque olía el río de madrugada amante de la neblina su beso en fango resbala. Por la baranda del puente frío, se balanceaba el rebrillar de bordados y luces de la Esperanza; y desde una taberna baja y celeste pintada choques de cristal y cante y aroma de puñaladas entre salsas marineras sobre una borda embreada, todo vestido de negro Angelito le cantaba.

III

Infantería de Marina ojeras de la mar blanca con pesadumbre de oro en el cuello y en las mangas la Isla de San Fernando tiene un resol que quebranta. Allí se murió Angelito que el Grumete le llamaban cuando se marchó al servicio una madrugada mala.

JUAN SIERRA

ESCORZOS

1

Casa)

Una esquina, al viento de los molinos andariegos. Otra, al campo que tenía un horizonte rosa y sol. Las otras dos esquinas atadas a los árboles de las sendas, como dos perros blancos.

Todas las tardes se sentaba la niña en una de las cuatro esquinas.

2

Calle)

La Noche estaba quieta, prendida en las veletas de las torres. Y la calle estaba muda. sola.

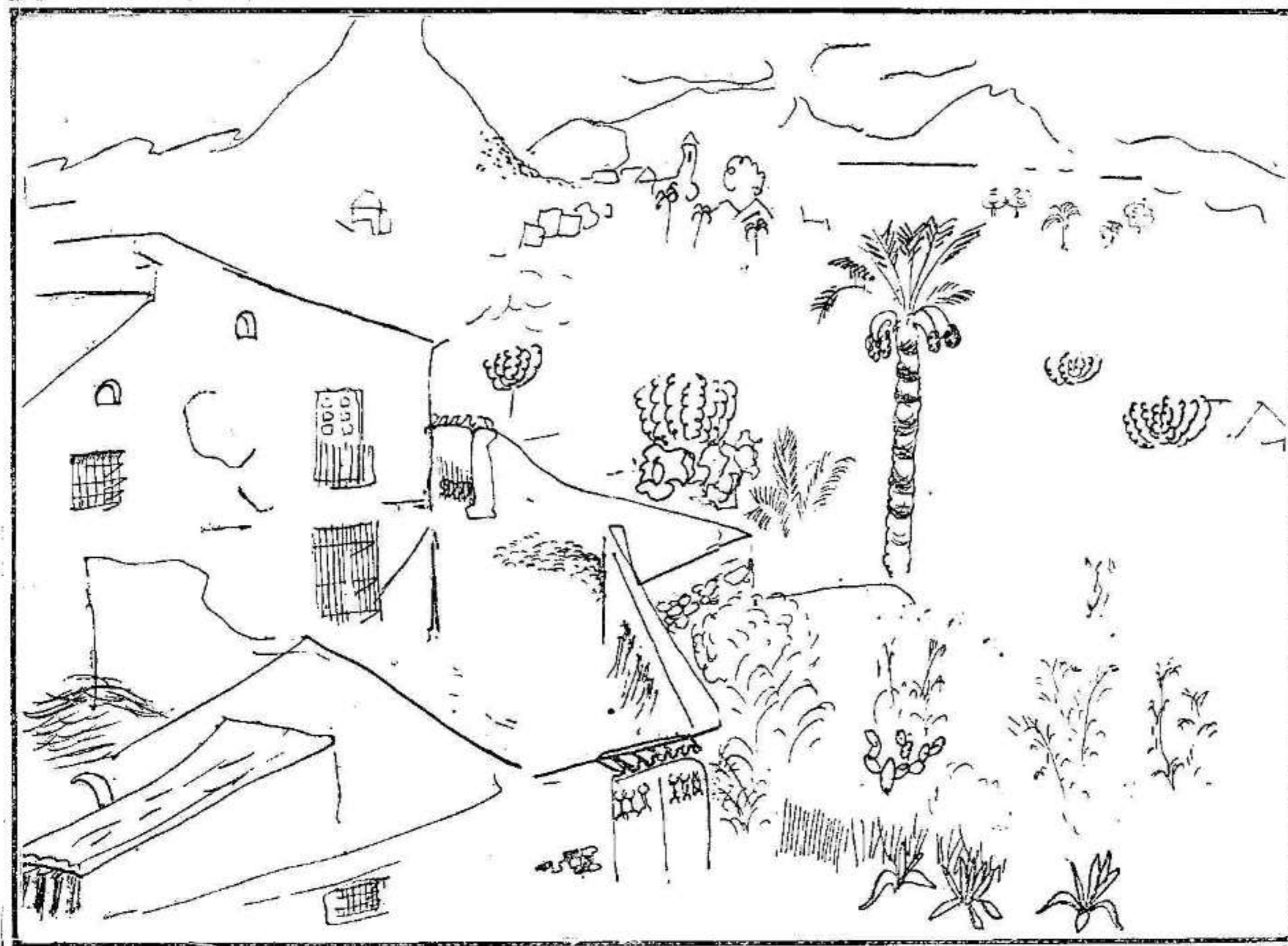
Un caballo negro, la cruzó galopando. Yo no sabía que la calle era de cristal.

3

Rumbos)

No te pregunto a dónde me llevas. Ni por qué. Ni para qué.

¿Tú quieres caminar? Pues yo te sigo.



JUAN BONAFÉ: Paisaje.

4

Atardecer)

¿Me dejarás que descorra tus miradas, y me bañe en tus besos y me duerma en tus manos?

¿Me acariciarás cuando mis labios se enciendan tras los montes?

5

Brisa)

Las mañanas redondas y luminosas, ven a las muchachas de la huerta, camino de la fuente, con la campana del cántaro a la cabeza. Los brazos sujetando al cielo.

6

Yo)

Asómame a mí, que soy una torre. Peiname como si fuese la palmera que leía contigo en tu huerto.

Echa al aire mis campanas y mis poemas.

Yo soy tu panorama.

7

Costa)

Del faro rojo, al faro verde. Del faro verde, al faro rojo.

¡He abierto la madrugada, caminando de faro a faro!

* * *

1

Qué gran lijereza tiene la tarde! Apenas insinuada, ya quiere aplastar sus antorchas, contra las pare-

des del Norte. Esas paredes que todos los días, no se qué albañiles levantan, y todos los días no se qué albañiles derrumban.

Todo tiene un gran ritmo de velocidad. Aquí no hay ríos, ni pinos. Pero se sabe bien que en esta hora, todos los ríos y todos los pinos del mundo, están corriendo hacia el ancho camino del mar. ¡Cómo se levantan las brisas, para acompañarte!

En esta lijereza, tan rauda, de la tarde, todo está lleno y a la vez, vacío. Nada es nada. El cielo, es recto. No hay horizonte, porque también se va.

Sólo tú estás erguido en la velocidad. Sólo tú te quedas...

2

Ya no quedan casas en el ribazo. Vinieron cuatro caballos negros por levante y se las llevaron a todas. A todas? No! Quedó esa de la cúspide. Esa tan callada, donde tú y yo, juntamos las sienes.

También se fueron los arbolillos débiles de la cuneta. Y el agua resba-

la, sin ellos encima, como una veta de luna, caída del cuarto menguante.

¡Qué frescura tan dulce, en esta marcha de todo! ¡Qué gran fragancia en esta soledad sellada!

¡Salta el cauce infantil, y dame las manos! Seamos los arbolillos que se marcharon. Quietos. Prendidos.

y 3

La noche, y nosotros... Todo se fué. Sólo nuestro silencio está anclado, en el hoyo grande que dejaron las cosas.

* *

Para D.^a Purita la Soltera. «El Obispo Leproso».

Gabriel Miró

Doña Purita, tiene la carne rizada de luna. De luna calladita y ruborosa de Oleza. De luna que todos los amanecidos, se ha quedado en el rosál de su reja, vagamente sonreída...

Doña Purita, ha buscado en el espejo, otra Doña Purita que no se llama nada. Que no será soltera. Que no será nadie. Y ha buscado también, para su carne bien olorosa, el largo acariciado de los dedos del rosál lleno de luna.

Oleza, tiene dos ojos grandes, que todo lo ven en seguida! Y han visto el cuerpo desnudo de Doña Purita; pero sin luna ni rosál. Asomado a la ventana joven, para vestirse, de calle o de cielo.

CARMEN CONDE

Entrefilets

del programa

CINEMA

1

Charlot es la caja de música con todos los sonidos. Keaton, Lloyd, los otros, representan, cada uno, un solo sonido. Nada más. He aquí la diferencia.

2

Adolphe Menjon nació de una bota de Charlot. Hoy, algunos vanguardistas del cinema dicen que Menjon, en todos sus films, es «viejo». El chaquet de Chaplin es muy viejo—o representa serlo—y, sin embargo, sería la bandera indicada para la ciudad que fuese a nacer.

3

Mack Sennett y Picasso se disputan todas las bañistas del mundo, pero las bañistas de Picasso tienen más realidad. No deben enfadarse los cineastas.

4

Debe ser llegado el momento de que todos los formidables teorizantes franceses hagan cine de acuerdo con sus teorías.

5

El progreso de las ciudades modernas se debe, en gran parte, a que se han metido dentro de un *ecràn*. La ciudad real que superase a la ciudad del cinematógrafo, en cinematismo, sería el centro del mundo.

6

Los colores de un film son las lamentables colgaduras con que quieren vestirlo de día de solemnidad.

7

No sé por qué se ríe el público cuando Charlot hace una escena de amor.

8

Lo asombroso es que cuando Charlot explica su secreto, nos deja convencidos de que a pesar de él es un gran artista.

9

¡El cinema! ¿Por qué hablan del cinema los espectadores que pasan de los treinta años?

10

El cinema no debe a Max Linder ni siquiera el que se haya suicidado.

11

El juego de luces en una cafetera: ¡Cuidado! ¡Que hay más expresión que en los rostros de risas o lágrimas de muchas vedettes!

12

Greta Garbo: los espectadores más dados al ensueño se llevan, a la hora de salir—del cinema—, robada, debajo de la bufanda, la caricia de luz blanca de sus brazos.

MIGUEL PEREZ FERRERO

Un tópico romántico

(1827-1927)

Será preciso estudiar algún día la evolución de temas líricos usados por todas las escuelas y que llegan a su plenitud con alguna. Un limitado aspecto de uno de ellos se me ofrece para considerarle ahora, conmemorativamente. Los datos con que he de operar proceden del *Romance Tercero* de *El Moro expósito*, del duque de Rivas, y el tema es la luna.

Sirve muy bien, para mi objeto, la gran novela en verso del duque por ser una obra caracterizadamente fronteriza, si bien inclinada del todo del lado del campo romántico. Pide su importancia estética y su interés para la historia literaria que alguien estudie todos los materiales allegados, (un gran paso supone la reciente y magistral monografía de Gabriel Boussagol), el tono de sus sugerencias, el acento literario de sus componentes, pues conviven en su largo transcurso maneras diversas y aun contradictorias. Mostrará, al paso, mi experimento un aspecto de esta verdad.

La luna es tema poético común a todas las épocas y escuelas, pero encuentra el ápice de su importancia lírica durante el romanticismo. Aquí ya no se trata de un elemento decorativo, ni de un punto de referencia, pretexto a la exhibición de clásica erudición, ni de un condescendiente término comparativo de lo inestable de la suerte. Entra plenamente como un sujeto sustantivo y esencial, confidente dócil, melancólica escenógrafa o amante apasionada. No se la importuna con recuerdos de Endimión, ni se la trata indiscretamente de Diana en vez de astro, ni es notado su carro de plata, ni afeada su inconstancia. Campa como reina de la noche, compañera del vate desesperado y antorcha del sepulcro de la amada. Se goza su luz directamente, como una caricia astral y misteriosa...

En el dicho *Tercer Romance* de la gran novela del duque de Rivas, conviven las dos maneras de considerar el astro nocturno, y a distancia de pocos versos tiran de la inspiración del poeta memoraciones de clásicas imágenes y directas sugerencias de la nueva manera. Escrupulosamente practicaré el experimento. De noche, y cuando el expósito acaba de cometer una muerte, siquiera sea de un tirano, Zaide, su fiel ayo, comienza a narrarle su origen prodigioso y los horrendos crímenes a que debe dar con proporcionada venganza cumplida satisfacción. El relato sucede junto a una losa que cobija los restos de los siete Infantes de Lara, que cercan siete cipreses negros y puntiagudos, que a su tiempo, movidos del viento de la noche, han de asociar al trágico relato un rumoroso escalofrío.

No podía dejar de asistir la luna a tal concilio de románticos elementos y claro es que se muestra desde el principio de la narración. Así aparece en una convencional imagen al comenzar el romance, Ve Zaide

sobre las nubes
la luna alzarse en su argentino carro.

Ya Zaide ha comenzado a hablar y como para alumbrar su relato la visión directa del astro, libre de influencias tradicionales, irrumpe deliciosamente.

Su marchito semblante iluminaba
por la cándida barba resbalando
el claror de la luna que, triunfante
de las nubes, reinaba en el espacio.

EL CISNE

El cisne, puro entre el aire y la onda,
Tenor de la blancura,
Zambulle el pico difícil, y sonda
La armonía insegura.

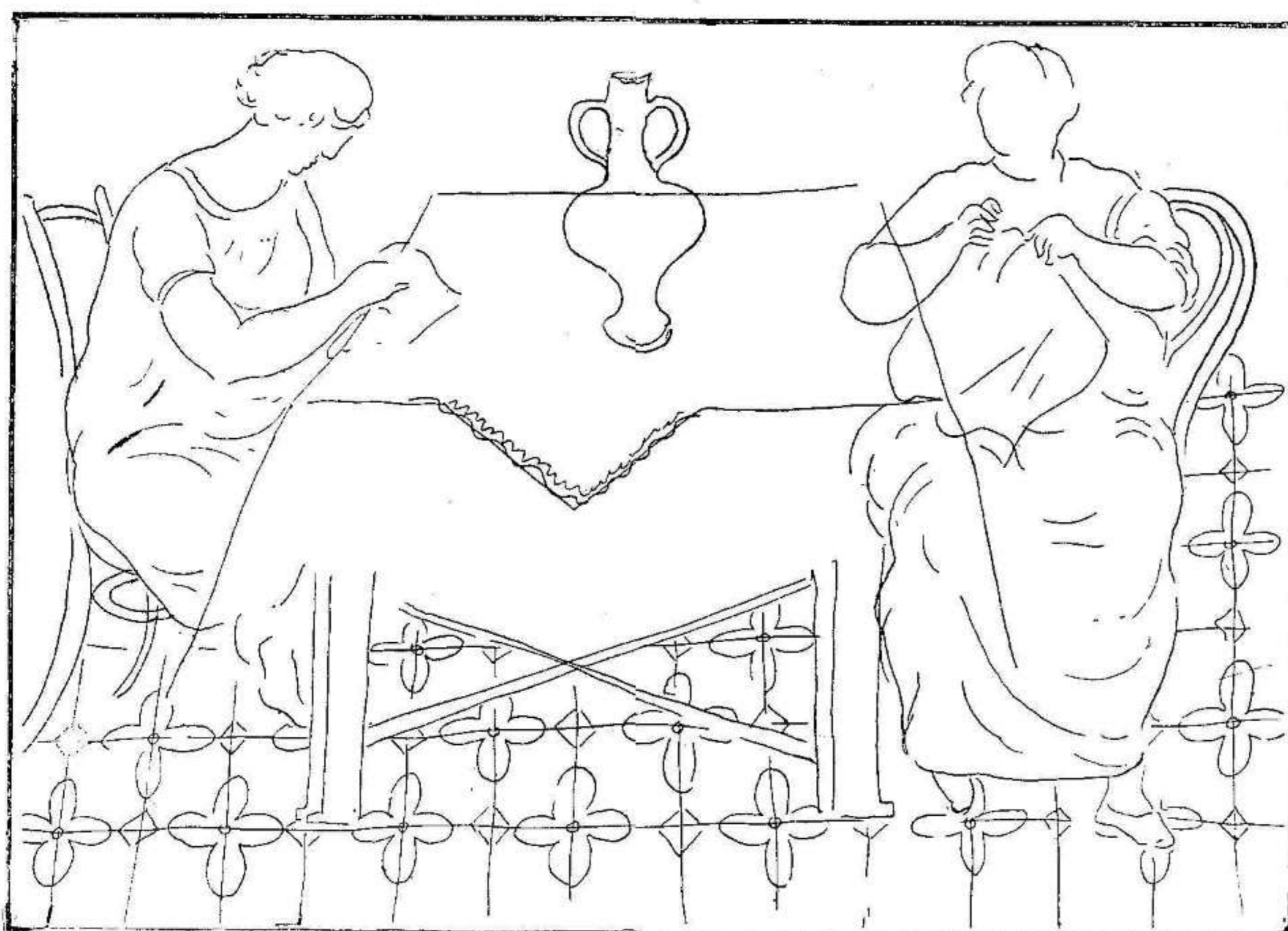
¡Gárrulas aguas! ¡Inútil pesquisa
De músico relieve!
Picos sin presas recoge la brisa
Que va tras lo más leve.

Quiere después con la voz el Esbelto
Desarrollar su curva.
¡Ay, discordante aprendiz! se ha resuelto
La soledad en turba.

Pero... ¡Callados los blancos! Se extrema
Su acorde: su fanal.
Todo el plumaje dibuja un sistema
De silencio fatal.

Y el cisne, fiel, a través de una calma
De curso transparente
Contempla, muda y remota, su alma:
Deidad de la corriente.

JORGE GUILLÉN



ESTEBAN VICENTE: Interior.

Mas a los pocos versos vacila nuevamente la tendencia y un violento claro oscuro es producido por una visión convencional. El expósito escucha.

vuelta la espalda al disco plateado.

Alrededor de cada tema que se suscita, en imágenes, metáforas y comparaciones, la lucha entre solitaciones distintas prosigue, mas nuestro tema acude con ayuda definitiva. Zaide revela a Mudarra de quién era el anillo que luce en su dedo y entonces—momento involu-dable—

estremeciose
Mudarra y lleno de sorpresa y pasmo
miró el anillo, en cuyas ricas piedras
las luces de la luna rielaron

He aquí en cuan breve espacio, y sin salir de una conciencia lírica, riñen por su supremacía dos escuelas, y como por más acomodada al material poético versado triunfa la manera romántica, y pasa el poeta la marca fronteriza con todos los temas claramente románticos de su poema, y de ellos al frente este de la luna manda la invasión y asiste desde primera hora a la conquista.

JOSÉ M.^a DE COSSÍO

Casona de Tudanca, 1927.

Selva

A Juan Sierra y Antonio Núñez

Para Rockefeller no había más panorama que los ojos de su nieta. Narciso paradójico, se angustiaba de no ver nunca rizada ni alterada aquel agua de veinte años, tan infinitamente desinteresada entre los juncos de seda negra. Casi lo comprendía, porque, al fin y al cabo, era la muchacha que tiene automóvil con cuarto de baño y una manicura para cada uña. Sin embargo, no abandonaba la esperanza de ver alguna vez, desazonadas por la atención, aquellas lunas vírgenes de reflejos. «¿Qué habrá detrás de ellas?» —pensaba— «¿Y qué habrá delante? ¿Qué vida las tiene cogidas en su trampa?»

Discurrió comprarle un observatorio astronómico con dos o tres ecuatoriales de platino macizo; pero resultó que ella, en algunos días realmente milagrosos, hallaba distracción escuchando un fonógrafo de cinco dólares. Entonces se acogió a los viajes. Y los remansos continuaron desperdiándose en la espesura, ignorantes e ignorados, ignorados tal vez por ellos mismos. «Y el caso es que se trata de la nieta de Rockefeller» —pensaba el abuelo.— Y se estremecía, paternal e incestuoso, repasando las complicidades químicas y costosas que habían llegado a hacer de su nieta

una criatura superhumana, difícil para la atmósfera posible, embalsamada y falsificada por los afeites, los colegios caros y la higiene integral.

La noche del suceso le perseguía los ojos con la avidez acostumbrada. Pero los ojos flotaban como un cuerpo ya blanco sobre el haz de las aguas, búdicos, sin ancla ni timón. No obstante... Sí... ¡Sí! Miraba. Miraba hacia alguna parte. Miraba hacia alguna parte muy definida. Rockefeller se abalanzó al barandal de la platea y vió la polvorienta luna del cabaret manando del embudo reflector para pintar el piso color de barcarola. Bajo el relente, un negro bailarín mostraba cierta des-preocupación por el siglo de Pericles.

—Tiene las uñas más blancas que los dedos.

—¡Cómpratelo! —aulló Rockefeller, sacando su carnet encuadrado en piel de leviatán.

—Es un ser muy antiguo. Alguna vez hemos sido así. Demuestra muy buen gusto al recordarnos que no somos más que polvo y que al polvo hemos de volver.

Bajó a la pista y formó pareja con el negro, tan saturada como él, tan buena conductora como él de la electricidad cavernaria.

—Pienso en la irrupción de un hipopótamo en una exposición de cerámica—dijo la princesa Escipión Carnaro viéndolos bailar.

—Yo también—insistió Rockefeller.—Y me digo que los cacharros se ponen dichosos.

El cable de alta tensión que baja de la medianoche traspasaba a la orquesta. El xilófono recrudecía su metralla cascada; los saxofones humeantes acolchaban el espacio con olores de incienso y anisete. Cada platillazo recordaba la súbita eclosión de una flor en el trópico y un regimiento de caballos de cartón trotaba hacia el combate, dirigido por las trompetas. En aquel apogeo de fusilería, de banderas desplegadas, de motorismo y de iluminaciones, el violín se ponía la sordina como un antifaz, los riñones trepidaban de romanticismo y todo el mundo dejaba caer los brazos hasta más abajo de las rodillas mientras las mandíbulas inferiores se descolgaban al peso de las reminiscencias. La tanagra de cera bebía a ojos cerrados los calientes efluvios de un regazo negro.

—Verdaderamente, su nieta es una muchacha de buenos sentimientos.

—Nunca creí que fuera tan espiritual.

Pero el negro, ya en una cima difícil de mantener, rodó por la vertiente de la transición. La cogió en sus brazos, lanzó un grito mezclado, pisoteó a la orquesta y, perro de circo, rompió el aro de la decoración, perdiéndose a lo lejos entre sandías que estallaban de risa, olores de humedad y curvos lomos de animales listados.

Los espectadores aplaudieron lo que juzgaban truco procedente. Sólo Rockefeller, interlocutor hasta el final de los ojos de su nieta, sabía a qué atenerse:

—Ya decía yo que la hija del colono raptada por el gorila nunca lleva cara de mal humor.

Y satisfecho por contradecir a los telones de barraca, pagó su whisky y se marchó.

R. PORLÁN y MERLO

Sevilla, 1927.

GEOGRAFÍA

(Fragmento)

En aquel día que era lunes y domingo por equivocación se le trastornaban todos los valores; los autos lloraban con fuerza inacostumbrada al ver que también les llevaban a paseo, las puertas de los comercios quedaban boquiabiertas al verse entornadas nada más, el mismo sol del lunes al ver desierta la ciudad y repletos los campos de flores multicolores (aquel año se llevaban sombreros de colores fuertes) consultó su agenda de bolsillo y avivó el brillo de su pechera.

El lunes, rechazado de todas partes, encontró por fin refugio en una oscura construcción y les salió a los obreros transformado en las recias notas de «La internacional», mientras los martillos y los yunques los rivaban y soldaban a la semana.

Ella se puso su blusa blanca y su canto favorito, todos los mastiles habían florecido y a ella se le figuraba pasear por un vivero nuevo, de la noche a la mañana. Ya no reconocía las revueltas acostumbradas; deslumbrada y quizá máreada de tantos inesperados olores, cerró los ojos y se sintió otra, otra siendo la misma; lunes que era domingo por equivocación.

Fueron al campo, escapada de adolescentes, aquella mañana. ¡Qué alegría de verdes trajeron como si fuese fruta robada! Acostumbrados a los colores grandes del mar los verdes multicolores de los árboles y las hierbas mezcladas con el sol, los rojos amarillos, los amarillos rojos y los pedacitos de cielo recordados por el «puzzle» del bosque se les antojaba cosa pequeña y de juego. Las araucarias, los castaños, los plátanos, los tilos, las hayas, todos formados por pedacitos de colores, no eran para ellos—los rosales, el trebol, la hierba—sinó colorines puros echados a granel; descansando o removidos por el viento. La naturaleza había perdido su vida para convertirse, rota en pedacitos infinitos, en una gran caja de retales de color, como la que ella sacaba los días de aburrimiento del estante más alto del ropero y que cada vez le deparaba una sorpresa al hallar, revuelto en acordes violentos de color, un pedazo del traje viejo más olvidado.

Poco hablaron, cogidas las manos en la mañana. El sol aquel día elocuente solo la hizo decir, acercándose—¿cómo?— a él, frente a unos niños que bajaban rápidos una pendiente: «Me asustan los niños, tan corriendo». Y su mirada, tan vaga, tan imprecisa, fija en la de él, murió un momento.

Los colores de tierra adentro, no les parecían colores, tan pequeños, jazul de mar! ¡cielol!

Ella no quería saber qué le esperaba cada día, aun sin querer empezó a saberlo, como los extranjeros que de paso de un país hacen ascos de aprender el idioma indígena y que a su pesar se les mete por los cinco sentidos y un día se dan cuenta de haber dicho: Gracias, Merci, o Banke sehr. Y entonces empezó a pensar en él. Un día en que no pudo ir y ella tenía ya la idea preconcebida—ella no lo sabía, nó—de aburrirse, en la ventana cogió el Atlas y fuese, sola, a viajar por los desiertos.

Aquel día claro le llevó por la mañana, fresca, recién cortada, una rosa de los vientos, rosa de tanto olor.

Estrecho de Malacca, el miedo de que Sumatra vire y les aplaste contra las penínsulas Siam, Borneo, mar meridional de la China ¡horas de locura! luces, flores, colores todos revueltos en grupo final de fuegos artificiales, Padang, Págeh, Singapore, Bin-tuán, Kvinhon, Gayú; Basilián en el mar de Joló, rojo, verde, amarillo, negro, rosa, jade, y así hasta Formosa a rezar en Santo Domingo en el estrecho de Balitang. De tanto color se mareaba y todo le danzaba en torno, paralelos y meridianos de su imaginación, en vueltas rápidas y dulces, pedrusco que había caído en la mar



LUIS GARAY: Mujer dormida.

inconsciente de su alma y habría empezado a formar—después de morir—circunferencias concéntricas hasta el infinito, que la mareaban. Y cuando sintió como saciaba su amor en su boca—ella que sabía ¡borras de colores: Macarser, Surabaya, Pantar!—Dió un grito de asco y se echó a llorar, sin saber a punto fijo lo que hacía. El tampoco, de espaldas al puerto, daba vueltas a su gorro de marinero, estrellas arriba, estrellas abajo, y sentía como su corazón de la misma manera, al mismo tiempo, iba también arriba, abajo, dando vueltas. Con horror de sí mismo se marchó creyendo que era para siempre.

En una barrica, frente a un barco estuvo largo tiempo sin pensar en nada pensando, dándole vueltas y más vueltas a las estrellas de su gorro de marinero hasta que se encendieron, al par que las luces de la ciudad, las del cielo—¿habría sido el mismo conmutador? se distrajo pensando.—Luego cara al mar, la brisa se hacía cosquillas en el vientre con un rizo que le mecía en su frente, se durmió.

Sonreía viendo como jugaba—era un niño—con ella—era una niña—tirándole islas una tras otra y luego, cansados, al borde del camino pusieron a merendar, partida por la mitad, como buenos hermanos, ella la América del Norte y él la América del Sur, aunque luego riñeron, diciendo ella que sabía a sal y él en cambio a azucarado.

MAX AUB

TRES PINTORES MURCIANOS

En las Galerías Dalmau, de Barcelona, se ha celebrado en el presente mes una interesante exposición de pintura joven. Recogemos algunas opiniones de la crítica catalana sobre estos tres pintores murcianos—Garay, Flores, Gaya—, esperanza firme del nuevo arte español.

Los murcianos Pedro Flores y Luis Garay, nos dan el tono de la pintura avanzada española fuera de Cataluña. Garay nos parece menos lírico que Flores, pero es más español. Flores, está formado más internacionalmente, de cara a Otiols, Togores y Picasso, aunque el buen barroquismo de Salzillo pa-

Dos jóvenes pintores logran destacarse por encima del tono gris del conjunto. Dos murcianos, Pedro Flores y Luis Garay. Estos dos artistas, junto con Ramón Gaya y Pomés,—otro murciano de ascendencia catalana—forman un núcleo que desarrolla su actividad en tierras levantinas de cara a las inquietudes que caracterizan al actual momento plástico internacional.

Flores y Garay producen bajo el signo del neoclasicismo, representado en Cataluña por José Togores. En ambos artistas, como en el susodicho Togores, ese clasicismo no se manifiesta integralmente. Ellos parecen querer fusionar el estilo lineal, que es la característica de las mejores obras neoclásicas, con el estilo pintoresco. El clásico con el barroco. Ya han notado los críticos la influencia barroca en el arte de esos dos pintores. La «Mujer dormida» de Garay, sobre todo, presenta señales evidentes de ese barroquismo. La composición basada sobre la diagonal de la tela es muestra patente de ello.

Flores, quizá más intenso que Garay, recuerda a menudo la época neoclásica de Picasso, la época de las fuertes figuras elefantíacas.

El más fuerte de los tres es indudablemente Ramón Gaya—casi un adolescente, nacido en 1910—que no ha expuesto en Barcelona con sus compañeros. Después del paso por un áspero cezanismo, Gaya entró también declaradamente en el neoclasicismo, que fué cultivado por él de manera integral. Linealismo absoluto, sin la menor concesión ni el más leve compromiso. En sus telas más recientes, sin embargo, Gaya ha abandonado su antigua manera para entrar de lleno en lo que hemos llamado cubismo poético. Pero ya hablaremos extensamente de ello en un estudio que le dedicaremos pronto.

Y ahora, resumamos: nos hallamos ante tres pintores magníficamente dotados y muy ricos de posibilidades. Tres firmes esperanzas, prometedoras de un brillante porvenir, que, en un rincón del mundo tan aparentemente alejado de los grandes núcleos artísticos internacionales como Murcia, se desarrollan plenamente en aquellas tendencias «vivas» tan gratas a Salvador Dalí. Tres pintores con un denominador común: la fuerza; calidad muy apreciable en la época de la delicuescencia pictórica a ultranza.

«Sigo el esfuerzo de los jóvenes pintores españoles de París con gran atención, puesto que me parece encontrar en ellos puntos que indican que el arte español jugará un papel de importancia al lado del de Picasso». Estas palabras nos decía Christian Zervos en una carta reciente. Esos tres pintores murcianos confirman el optimismo del gran crítico griego, y nos dejan adivinar el papel no menos apreciable que ha de jugar, en un porvenir no lejano, el arte del sur de la Península en el panorama artístico europeo. A los nombres de Picasso, Angeles Ortiz, de la Serna, Peinado y Lorca, es preciso ahora añadir los de Ramón Gaya, Luis Garay y Pedro Flores.

SEBASTIÁN GASCH

Tip. MESAQUER.—Murcia

rece recobrar una nueva vida en su pintura.

RAFAEL BENET

Pedro Flores y Luis Garay, artistas levantinos, son la novedad de la exposición, y nos ofrecen una muestra muy interesante de la pintura moderna peninsular fuera de Cataluña.

Flores se mueve dentro del círculo de Togores y aun rinde tributo a ciertas deformaciones Picassianas, pero lo más vivo en su pintura es la curiosa asimilación del barroquismo local. Salzillo ha contribuido mucho a la formación de este pintor. El brazo en escorzo y la cabeza de la figura que toca el «sistre» de la composición «Concert», la mano izquierda de la figura del padre en «Familia» son puntos que acusan la influencia barroca. Pero estas apariciones esporádicas del arte del célebre imaginero, le dan un sabor especial a estas composiciones concebidas con noble sencillez y con un ritmo alegre.

Luis Garay, cuando se encara sin preocupaciones de escuela con un tema vivo, es más íntimo, más ingenuo. «Puerto de la Cadena» (Murcia) con una simplicidad de recursos admirable, explica con tierna emoción la desolación de aquella carretera enharinada de sol entre riscos inhospitalarios. En «Mujer dormida» se acerca más a Pedro Flores, al cual supera en diversidad de paleta.

CARLOS CAPDEVILA